

SEGUNDO CONCURSO NACIONAL
DE CUENTOS DE LA INDDHH

CONTANDO DERECHOS

2
0
2
1



Institución Nacional de
Derechos Humanos y Defensoría del Pueblo



Consejo Directivo de la Institución Nacional de Derechos Humanos y Defensoría del Pueblo:

Mariana Blengio Valdés

Juan Faroppa

Mariana Motta

María Josefina Plá

Wilder Tayler

Área Educación

Directora

Mariana Blengio Valdés

Equipo técnico

Leticia Alcarraz

Gabriela Brunetto

Claudia Kuzma

María Celia Robaina

Diseño

Manosanta desarrollo editorial

Ilustraciones

Verónica Alvarado

ISBN

978-9915-9421-2-4 (versión impresa)

978-9915-9421-3-1 (versión digital)

Imprenta

Mastergraf SRL

El Concurso Nacional de Cuentos fue declarado de interés por resolución n.º 1234/021 (Acta n.º 17) de ANEP-CODICEN, el 9 de junio de 2021.

Los textos de la obra son de entera responsabilidad de las y los autores y no representan la opinión de la INDDHH.

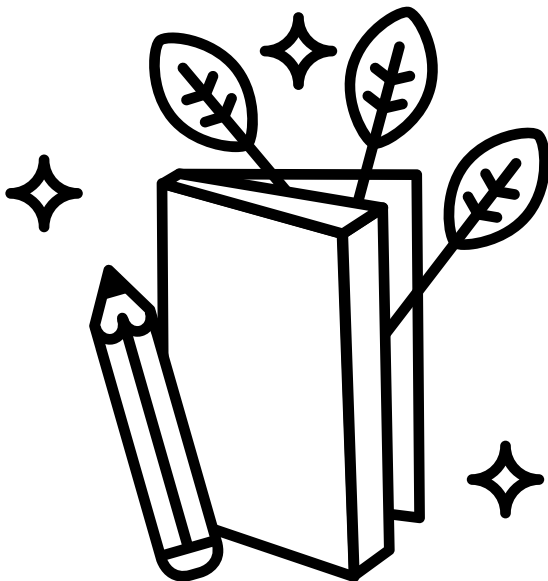
Apoyos institucionales

Administración Nacional de Educación Pública (ANEP), Plan Ceibal, Secretaría de Derechos Humanos de Presidencia de la República, Instituto Nacional de Impresiones y Publicaciones Oficiales (IMPO), Instituto Interamericano del Niño, la Niña y Adolescentes (IIN-OEA), Instituto Interamericano de Derechos Humanos (IIDH).

SEGUNDO CONCURSO NACIONAL
DE CUENTOS DE LA INDDHH

CONTANDO DERECHOS

2021



Presentación

La presente obra se enmarca en la convocatoria al Concurso «Contando derechos» promovido por la INDDHH y Defensoría del Pueblo en el año 2021. Su contenido es resultado de un proceso de difusión y promoción en derechos que venimos llevando adelante como eje transversal del Área de Educación del organismo. Este camino transitado en el presente año recibió un destacado conjunto de variados aportes, de los cuales resultaron ganadores los que hoy aquí se presentan. La iniciativa contó con el respaldo de organismos estatales e internacionales dedicados a la enseñanza, la cultura y la promoción en derechos humanos, a quienes extendemos nuestro reconocimiento. Este apoyo proyecta aún más la iniciativa y contribuye con ello a abrir espacios que permitan el pleno ejercicio de los derechos culturales de niñas, niños y adolescentes de la mano de sus educadores, docentes y familias.

Como podrá apreciarse, las temáticas abordadas en estos cuentos especialmente elaborados por niñas, niños y adolescentes son muy diversas y albergan en su denominador común un abordaje diferente de las vivencias vinculadas a derechos, deberes y libertades de los seres humanos, especialmente los más pequeños. Nutridos de magia y dedicación, estos relatos se han transformado en una invitación a la reflexión crítica de las realidades que nos interpelan en nuestra vida cotidiana, tanto en lo personal como en nuestro vínculo con los demás.

En el marco de los cometidos de la ley que creó la INDDHH en el año 2008, la promoción de los derechos humanos comprende en toda su dimensión la información y difusión de la forma más amplia

posible de los derechos deberes y libertades. Por tal motivo, a partir de estos años hemos venido proyectando estas iniciativas, haciendo tangible la preocupación del legislador basada en la necesidad de que instituciones como esta, creada en el ámbito de la protección no jurisdiccional de los derechos humanos, proyecten espacios para escuchar lo que piensan y sienten las personas, cualquiera sea su edad, sin exclusiones. Para, con ello, revalorizar sus palabras y modos de ver el mundo, de forma que podamos materializar la búsqueda de estrategias de incidencia que puedan transformar la sociedad y hacerla más justa.

En este caso particular, las infancias y las adolescencias se han expresado libremente, y nos interpelan en función de sus sueños, alegrías, tristezas y diversidades, nutridas de colores y texturas. En esta expresión, que parte de nombrar las cosas y los sentires, se gesta la existencia de este conjunto de relatos, que es portavoz de muchos otros que hemos recibido y que todos juntos permiten palpar la expresión más pura del sentir y el vivir de los más pequeños. Los relatos de niñas, niños y adolescentes que hoy presentamos han puesto palabras a los sueños y a las luchas, transitando por lo que duele y hace feliz.

Somos contestes siempre de la necesidad de escuchar a la niñez y la adolescencia, para entenderla desde su lenguaje, distinto al de los adultos. Y así hacer visible estas voces que arrojan auténticas construcciones que, desde el relato, también pueden y deben transmitir la cultura.

Este libro es un aprendizaje que nos interpela sin edad y sin tiempo, descubriendo un mundo que con palabras distintas pretende arrojar

imperativos escritos desde el juego, redescubriendo el mundo de los derechos humanos a través de la narración y la metáfora. En estas voces está el susurro, el llanto, la risa y la palabra suave de aquel que nos invita al desafío de construir una ciudadanía que parte del respeto a la dignidad en la vida y grita, desde este discurso silencioso, el derecho a ser respetados en sentires, ideas y pensamientos como máxima de proyección universal.

Con estas palabras queremos agradecer a los autores y, a partir de ellos, a todos los que a través de este espacio **CONTANDO DERECHOS** han contribuido a enseñar los derechos humanos a través del relato.

Mariana Blengio Valdés
Directora INDDHH y Defensoría del Pueblo

CONTANDO DERECHOS

Categoría 1: Niñas y niños hasta 8 años





Acá tenemos wifi

Había una vez una niña llamada Luna, que tenía 7 años. Un día estaba mirando el informativo con sus padres y su abuela Claudina. Ellos le dijeron: «Luna, ya no vas a tener que ir a la escuela presencial, vas a tener las clases en casa». Ella les contestó: «¿¿¿Qué??? ¿Cómo voy a ver el pizarrón desde acá?». La madre le explicó: «La maestra va a conectarse desde su computadora y nosotros desde la nuestra a través de un programa que se llama Zoom».

Al día siguiente, Luna prendió su computadora e instaló Zoom. Arrancó su clase, y vio que estaban conectados la mayoría de sus amigos, incluida su mejor amiga Nelly. La maestra Mabel les contó que iban a estar un ratito conectados para no perderse la clase. De repente, se dio cuenta de que Carlos no se había conectado y levantó la mano para preguntarle a Mabel por qué no estaba conectado, pero ella no la vio.

La clase estuvo superentretenida porque hablaron de los charrúas, y a ella le encanta aprender sobre ellos.

Cuando terminó la clase, Luna y sus padres fueron a caminar por el barrio, comiendo bizcochos y tomando mate. Los padres se encontraron con unos viejos amigos con los que se quedaron charlando, y Luna les dijo: «Mientras ustedes hablan, voy a hamacarme a la placita». Cuando llegó a las hamacas, se encontró con Carlos que estaba sentado con su computadora en un banco. Ella lo vio, se acercó y le dijo: «Hola, ¿por qué no te sumaste a la clase de hoy?». Carlos le contestó:

«Porque en mi casa no tengo internet para conectarme, sólo tengo en la placita y hasta que no llegue mi madre de trabajar no puedo venir». Luna se sintió muy mal por él.

«Luna, vení que ya nos vamos», le gritaron de lejos los papás, para que volviera a la casa con ellos. Luna se despidió de Carlos y se fue corriendo. Cuando estaban caminando, ella les contó a sus papás lo que le había dicho Carlos, y que se había sentido muy mal por él porque se iba a perder todas las clases. Entonces su padre le dijo: «No está bueno que Carlos se pierda de la clase, porque todos los niños tienen derecho a tener educación, ¿te parece si lo invitas a casa a que tenga la clase contigo?». Luna fue corriendo emocionada nuevamente a la plaza para contarle la noticia a Carlos. «Si querés te puedo invitar mañana a mi casa, porque tenemos wifi y podemos tener la clase juntos», le dijo Luna sonriente a Carlos.

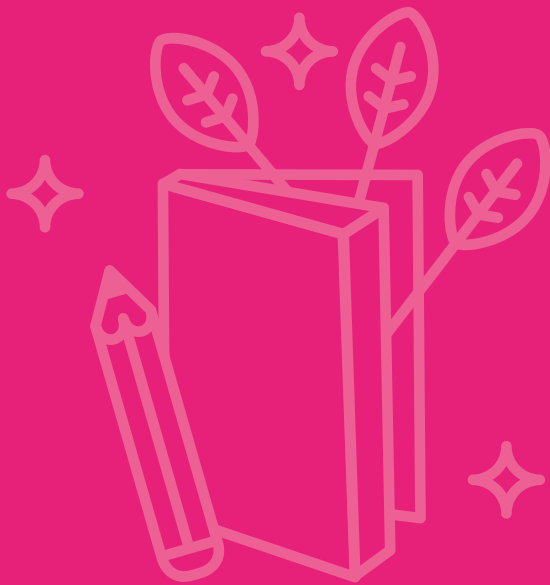
Él se emocionó y le dijo: «¡¡Sííí!!».

Desde ese día, Carlos va a la casa de Luna todos los días para poder asistir a la clase por Zoom con la maestra.

Guidaí Silva

Seudónimo: Granuja

8 años, Montevideo





Amigas diferentes

Había una vez una niña que se llamaba Ema. Ella tenía la piel color marrón oscuro. Todos en la escuela se burlaban de ella por el color de su piel.

Todos menos una niña de su clase que se llamaba Lili. A ella sus padres le enseñaron que hay que ser valiente y que todos somos diferentes.

Lili salió corriendo cuando escuchó las burlas, agarró la mano de Ema y juntas jugaron felices.

Se reían y jugaban. No les importaba que su piel fuera diferente.

Paz Machado

Seudónimo: Marinette

6 años, Maldonado



Zorrito

Había una vez un zorrito bueno que vivía con su familia en el bosque, divirtiéndose y jugando mucho.

Un día, un par de gentes andaban cortando árboles justo donde vivía el zorrito. Uno de los árboles cayó en la madriguera del zorrito y dejó a su mamá y a su papá atrapados.

El zorrito se puso muy triste. Decidió salir a buscar ayuda y vio una cabaña cerca del bosque. Encontró una niña afuera y se acercó. La mamá de la niña se preocupó mucho porque pensó que el zorrito podía lastimarla, pero él sólo buscaba ayuda para salvar a su familia y al bosque. La niña entendió y convenció a sus padres de seguir al zorrito hasta el bosque. Allí vieron a las personas que rompían el bosque.

La niña les dijo que eso no se hacía, que si rompían el bosque rompían la vida de todos.

Melany Domínguez

Seudónimo: Meli

8 años, Maldonado

CONTANDO DERECHOS

Categoría 2: Niñas y niños de 9 a 12 años





El espejo mágico

No sabemos muy bien cuándo, pero en aquel entonces vivía una niña llamada Inés.

Tenía nueve años y vivía en Treinta y Tres. Era una niña amable y feliz, siempre soñaba con ir a la escuela, pero era una niña y las niñas de aquel tiempo no acostumbraban ir a las escuelas, le decía su mamá.

Inés quería cambiar esa regla tan horrible e injusta porque ella siempre se tenía que quedar en su casa limpiando, haciendo las camas o cocinando. De eso también estaba aburrida, pero lo bueno era que hacía esas tareas con su mejor amiga María y por lo menos se divertían juntas.

Inés vivía con sus padres y su hermano Pablo, que para ella era el privilegiado de la familia, ya que por ser varón podía concurrir a la escuela.

Mientras para Pablo la escuela era poca cosa y lo aburría, para Inés y María era un hermoso e imposible sueño.

Un día con mucho sol, a Inés y María les tocó preparar la cena. Entonces, después de almorzar, se fueron directo a comprar los ingredientes para el guiso de lentejas.

—Necesitamos lentejas... —pidió María, tratando de leer la lista que había elaborado su madre—. C-a-r-r-n-e... —continuó—. Arroz, papa... boniato y... ¿qué era la otra cosa?

No podía entender lo que decía aquella palabra.

—¿Perlín? No, no, no, eso no puede ser.

—¡Perejil! —exclamó Inés, adivinando lo que su amiga trataba de leer en aquella lista.

Finalmente terminaron de comprar todo y volvieron a la casa. En el camino, pasaron por la escuela de Pablo y allí estaba con sus compañeros jugando al fútbol.

¡PUUUUM! Un amigo de Pablo había tirado la pelota.

—¡Chicas, vengan a jugar! —dijo con entusiasmo Pablo, ya que sus amigos sabían que eran las mejores chicas jugando al fútbol de su pueblo.

María tocó la pelota y le hizo un amague a Miguel. Se la pasó a Inés, que la hizo mover como un pulpo. Se la pasó a Pablo que, dando la vuelta al mundo, se la pasó a María de taquito. María corrió por la punta como un rayo, metió un centro que quedó puesto en la cabeza de Ine yyyyyyy... *¡GOOOOOL!* El partido iba uno a cero, pero *¡iiiiing!* sonó la campana de la escuela. María e Inés salieron corriendo antes de que la maestra las viera y las echara con aviso a sus familias.

Cuando llegaron a la casa, hicieron el guiso e hicieron todos los trabajos de la casa. María se fue a su casa de tardecita y alrededor de las ocho llegó la familia de Inés. Cenaron, hablaron y, para ponerle la cereza a la torta...

—Lo mejor de la escuela fue cuando vinieron María e Ine a jugar al... —A Pablo se le escapó el cuento del fútbol. Era lo único que no tenía que contar y lo contó.

—Listo, estoy muerta —pensó Inés.

La madre de Inés siempre fue muy estricta con todo y nunca la dejaba ir a jugar con los amigos de Pablo y menos al fútbol.

—¿Qué dijiste, Pablo? —preguntó su madre muy sorprendida y confundida con lo que había escuchado.

—Emmm... lo que dije fue que...

Su madre lo interrumpió:

—Que María e Inés fueron a tu escuela a jugar al... ¿fue al FÚTBOL?

—dijo muy enojada su madre.

Cuando su madre hablaba con esa voz significaba que le estaba por salir humo de las orejas. Inés, muy tranquila y sin protestar para no empeorar las cosas, contestó:

—Sí, mamá.

—Vos ya sabés que no te dejo jugar al fútbol —dijo con toda la paciencia posible la madre de Inés.

—Perdón, no lo voy a hacer otra vez —Inés se fue al baño decepcionada.

¿Por qué no podía ir a la escuela? ¿Por qué no podía jugar con los varones? ¿Por qué no podía jugar a las cosas «de hombres», como decía su madre?

Se bañó y después se fue a su cuarto a peinar al frente del espejo y vio algo raro, como un hada.

«No, no puede ser un hada, tiene que ser mi imaginación, encima solo está en el espejo, al lado mío no está», pensó Inés. Y muy confundida se fue a dormir.

La siguiente noche pasó lo mismo. Solo que el hada se movía y volaba por todo el espejo.

La tercera noche pasó exactamente lo mismo. Pero estaba preparada. Ella no quería ser la loca que vio un hada en el espejo, entonces llamó a María para que fuera a su casa inmediatamente.

—¡Yo estoy viendo un hada! —dijo Inés sorprendida.

—¡Por eso! —exclamó Ine— Voy a tocar el hada.

Cuando la tocó, la mano se traspasó para el otro lado.

Automáticamente, se miraron completamente perplejas.

—Hay que ir a investigar —dijo María, entusiasmada—: Uno...

—Dos...

—¡Y... tres! —dijeron al mismo tiempo y desaparecieron del cuarto.

En un abrir y cerrar los ojos, las dos aparecieron en un mundo diferente, extraordinario y desconocido, por lo menos para ellas dos, pero no para Juana, una niña de ojos verdes como el agua del mar, rulos pelirrojos y que no era ni tan baja ni tan alta.

—Hola, ¿cómo están? Yo muy bien. Me llamo Juana y tengo nueve años. Vivo acá cerca en el barrio Sol Apagado. ¿Saben por qué se llama así? ¡Porque siempre hay sombra!

Juana no paraba de reír a carcajadas.

—No, mentira. Se llama así... porque... no sé. Bueno, pero eso no es lo más importante. ¿Son del barrio Dulce Mermelada, Cara Aplastada o Cuadro Torcido?

—No —dijeron María e Inés, muy sorprendidas por la conducta de Juana—. Nosotras venimos de...

—¿Tierra Roja? —dijo Juana.

—No, Juana, nosotras venimos de...

—¿Buzo Cruzado de un Lechuzo? Ese es mi barrio preferido.

—¡No, Juana! Dejame hablar, por favor —dijo muy enojada María—. Perdón, pero somos nuevas. Acabamos de llegar por un espejo. Parecía que un hada nos llamaba.

En el hombro de Juana estaba exactamente la misma hada del espejo.

—¡Es esa!

—Ahhh, esa es mi hada Ema. No sé por qué las llamé, pero en algún momento lo vamos a averiguar. ¿De dónde me habían dicho que venían?—dijo Juana.

—Nosotras venimos de Treinta y Tres, Uruguay—dijo Inés.

—Nunca había escuchado eso, pero bueno. Les voy a hacer un recorrido por Sol Apagado. Solo una cosa: tengan mucho cuidado porque hay una guerra, entonces tenemos que tener los ojos bien abiertos.

—¿Entre quienes?—preguntó Inés.

—Buzo Cruzado de un Lechuzo está peleando contra Cara Aplastada. En realidad no sabemos muy bien por qué se están peleando, pero por las calles dicen que es porque mataron a un lechuzo que estaba volando por el barrio Buzo Cruzado de un Lechuzo. Para ellos, los lechuzos son muy sagrados, por eso los cuidan mucho—dijo rápidamente Juana.

—¿Sólo por eso?—dijo sorprendida María.

—Sí, sólo por eso—dijo Juana.

—Bueno, empecemos por el recorrido.

El lugar era muy lindo. Las casas eran chiquitas, la gente saludaba a cada persona que pasaba por la calle. Era un lugar muy colorido y feliz. Pero entonces llegaron a un lugar muuuuuuy grande.

—Esta es la escuela de niñas y de niños—explicó Juana.

—¿Cómo dijiste?—preguntó sorprendida Inés—. ¿Un colegio de NIÑAS y de niños?

—Exactamente—dijo Juana—. Según la ley 18437, niñas y niños deben ir obligatoriamente a la escuela. En el libro de historia del colegio dice que dos niñas, cuyos nombres son desconocidos, fueron las principales en iniciar una revolución para que las niñas también pudieran ir al colegio. Ellas fueron acompañadas por otras cien mujeres y después de muchas huelgas lograron cambiar la ley.

—WOOOOOW—dijeron muy sorprendidas Inés y María.

—¿Qué es lo raro?—preguntó Juana.

Fue en ese momento cuando apareció un niño de pelo morocho y muy flaco, que explicó todo lo que había pasado en estas últimas tres horas del día.

—Hola, chicas. Perdón por interrumpir esta conversación. Pero les voy a contar muy rápido lo que está pasando. Yo soy un niño que viaja del pasado al futuro y del futuro al pasado, por eso sé todo esto. Juana viene del futuro y María e Inés vienen del pasado. Este lugar es el futuro para María e Inés, pero presente para Juana. En donde viven ustedes es el pasado para Juana, pero presente para ustedes. Es medio mezclado, pero por eso en el pasado todavía las niñas no pueden ir a la escuela. Resulta que la historia habla de dos niñas que cambian la ley y estoy 99,9% seguro que son ustedes dos.

—¿Nosotras?—preguntaron María e Inés al unísono.

—Sí, por eso Ema, el hada de Juana, las llamó.

—Ah, perdón. No me presenté. Soy Matías. Yo las puedo ayudar para prepararse e ir al pasado y cambiar la historia de la vida! —dijo muy entusiasmado Matías, pero las chicas seguían un tanto confundidas.

—¿Pensás que ellas van a cambiar el futuro? ¡Entonces yo me anoto! —exclamó Juana, porque le parecía una excelente idea.

—Nosotras no tenemos mucha idea, pero también nos anotamos —dijo María.

A la mañana siguiente planearon todo: cuándo iban a volver al presente, qué iban a hacer y cómo iba a terminar.

—Paso uno: cuando vuelvan al presente van a estar en la misma situación que cuando vinieron para acá, por lo cual van a tener que esperar una noche y empezar el paso dos. Paso dos: van a hacer carteles y colgarlos en el colegio con la ayuda de Pablo, tu hermano. Paso tres: las maestras van a llamar al presidente. Él se va a tomar unos días para pensar si está bien la idea de que las niñas vayan al colegio. Paso cuatro: el presidente les va a decir que sí y... ¡van a poder ir a la escuela! —explicó Matías.

Automáticamente, atravesaron el espejo y siguieron los pasos indicados por Matías. Solo faltaba esperar.

Finalmente, al tercer día, el presidente convocó a una junta con el pueblo. Su respuesta fue... ¡un SÍÍÍ! Ahora todos y TODAS tenían los mismos derechos de aprender; las niñas podían ir a la escuela.

Cada noche, María e Inés iban a saludar a Matías y a Juana a través del espejo mágico y les contaban cada detalle que les pasaba en la tan deseada ESCUELA.

Josefina Davies

Seudónimo: China

12 años, Montevideo



Del presente al pasado

Capítulo 1. La investigación

—Buen día —dijo José a sus padres, mientras se preparaba el desayuno.

Era 1 de mayo, efectivamente, el día en que se conmemora el día internacional sobre los derechos de los trabajadores. Parecía un día normal como tantos. Ayer hizo los deberes y hoy iría a visitar a su amigo Manuel, jugarían un poco con su nueva consola (era de última generación y tenía bastantes juegos incluidos). No obstante, la madre de Manuel no los dejaría jugar sin antes repasar lo trabajado de la última clase sobre «El día del trabajador». José y Manuel tenían que estudiar los derechos y obligaciones de los trabajadores, el derecho al descanso, a la seguridad social, a un sueldo digno, etc.

Ellos tenían un plan. Conocían a varios trabajadores en el barrio. Les preguntarían los derechos y obligaciones de cada uno de ellos. Así que, muy decididos, salieron por el barrio. A mitad del recorrido tenían pensado encontrarse con el señor Peter, un obrero artesano que le encantaba invitar a la gente a su casa y charlar sobre todas sus aventuras. Sin embargo, en vez de encontrarse con él, se encontraron con un señor mayor con una barba espesa y con una vestimenta un poco fuera de época, pantalones anticuados y tiradores.

—Hola jovencitos, me llamo Carlos III. Si buscan al señor Peter, sepan que se mudó hace una semana al barrio Juan Espen, a unos 30 kilómetros de aquí.

—Ah, lo siento. Disculpe la molestia, señor... ¿Carlos?

—No es ninguna molestia —dijo—. ¿Por qué no pasan y charlamos un poco?

—De hecho, ya nos íbamos así que... adiós.

—Oh, ¡vamos, jóvenes! Son mi primera visita desde que me mudé. La verdad, buscaba una vida nueva conociendo a diferentes personas y entablar relaciones con los demás... que me llamen *amigo*.

Aceptaron un poco asustados, ya que sus padres les habían dicho que no hablaran con desconocidos. Ellos conocían los peligros de eso. Ya no eran los mismos niños pequeños a los que había que tratar con cuidado y no decir nada que los pudiera asustar.

—Tranquilos. Entren, no le hagan caso al desorden.

La verdad es que ellos no notaron ningún desorden en la casa. De hecho, estaba impecable.

—Y, ¿qué buscan, curiosos?

—E... estamos estudiando el Día del Trabajador, preguntando a los trabajadores algún derecho u obligación que tengan.

—Oh, ya veo. Saben, yo fui un militar con varios años de experiencia. Sé bastante bien las obligaciones de ese trabajo.

—¡Excelente! Es lo que necesitamos —exclamaron ambos.

—¡Cuéntenos más! —dijo Manuel.

—Yo no puedo contarles más, pequeños. Pero sé quién sí. ¿Quieren verlo?

—¡Sí, por supuesto! —exclamaron al mismo tiempo.

—Muy bien. Entren por aquí y sabrán todo en menos de 5 minutos.

Entraron. Dentro de esa sala todo estaba oscuro. No se veía nada. Pero aun así sentían que algo los llamaba.

—¿Una palanca?

Obviamente no se iban a quedar con la intriga de saber qué hacía esa palanca. Tal vez activara las luces o fuera la salida de la sala. Fuera lo que fuera, la presionaron...

De pronto... ¡Todo empezó a distorsionarse!

—¡Guau, es increíble! —decía José.

—¡¡Ahh!! —gritaba Manuel.

—¡Wooo! ¡¡¡nos caemos!!!

Capítulo 2. La experiencia única...

—¿Dónde estamos? ¿Y cómo llegamos?

—E... esto...

—No tienes idea, ¿verdad? —preguntó con firmeza Manuel.

—C... claro... que sssí —respondió José—. ¿Qué es eso?

A lo lejos se escuchaban voces de personas alborotadas...

—¡Vamos a ver! —dijo José—. Mmm... parece una huelga, ¿no?

—Sí, pero hay algo que no me cuadra...

—¿Qué? —preguntó José.

—Es solo que no parece haber nada tecnológico. Y las casas son muy raras... —dijo Manuel, intrigado—. No lo había notado... De hecho, al parecer, ¡ni siquiera hay autos!

—Y... ¿si nos envió al pasado? —dijo José.

—Eso es imposible. No pudo enviarnos al pasado.

—Todo apunta a que sí.

—Muy bien, voy a creer en tu extraña teoría... ¿Cómo nos largamos?

—Espera, Manuel. Mira, es la marcha de Chicago.

«¡Queremos un descanso! ¡Mejores condiciones! ¡Mejor salario! Ocho horas para dormir, ocho horas para trabajar, ocho horas para uso propio. ¡No somos esclavos!»

—¡Hay que acercarnos! —dijo José—. ¡Hay que investigar!

—¿Estás loco?

—¿De qué tienes miedo?

—¡No! Es solo que...

—¡Acerquémonos de una vez! —dijo José.

—Espera... ¡Ay, qué más da! —gritó Manuel.

—Hola, disculpe, ¿es una huelga, no? —dijo José.

—Sí, mi niño, es MUY INJUSTO. Los salarios, las condiciones, ¡todo! —gritó la señora—. ¡La diferencia de salario que hay es impresionante!

—Muy bien, José, volvamos antes de que me vaya a desmayar...

—¿De qué habla tu amigo? —dijo la señora, intrigada.

—De n... nada. Usted tranquila, señora. Le gusta exagerar —dijo José, un poco nervioso.

—¡Adiós, señora!

—Qué niños más raros...

—Ey, Manuel, antes de encontrar la forma de volver quiero hacer una última cosa... —dijo José.

—¿Qué? ¿No es obvio? Uff, Hazlo rápido.

—Hagámoslo rápido, querrás decir. ¡Vamos!

—Mira, es la moda de este año: sombreros y polleras largas. Mira ese cartel, dice «Año 1886».

—No nos distraigamos tanto. ¡Ya fuiste a todos lados, José!

—Uff, desearía estar en otra época, en la que José no se ponga así...

—¡Espera! ¡Lo siento, no dije nada! ¡Wou! ¡De nuevo noo!

—¡Auch! Cada vez duele más...

—¿Dónde estamos?—dijo José, intrigado—. Está muy destruido todo, ¿no?

—Sí, es raro... Es como una guerra. Ppppuuuuffff. ¿Qué fue eso?

—¡Ya sé lo que es!—gritó José.

—¿Qué? ¡La Segunda Guerra Mundial!

—... ¿De dónde sacaste esa conclusión?

—No sé, instinto propio, quizás. ¡Mira, hay una casa! Todo luce triste, gris, se siente una tensión en el aire.

—¡Síí, demos un vistazo!—dijo emocionado José—. Mmm, aquí no hay nadie... Pero mira, ¡es un diario! Empiezo a leer, ¿ok?

«Las guerras son tristes», decía el diario, y mencionaba que «nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado o puesto en esclavitud». ¡Oh! Este diario es superinteresante. Mira, lee, aquí dice que estamos en 1942. Eeehhh... ¡Estamos justo en el comienzo de la Segunda Guerra Mundial!

—¡Ay! Vamos, José. No tenemos todo el día. Tengo algo de miedo... En Uruguay somos libres y no hay guerras. Vamos...

—¿Qué hacemos?—preguntó José.

—Ehh... Creo que ya sé cómo funciona todo esto de los viajes en el tiempo—dijo Manuel.

—¿Cómo?—preguntó José—. A diferencia de *cierta persona*... estuve creando una teoría. Si te das cuenta, estuvimos viajando de forma

ascendente, es decir que cada vez avanzamos más a la actualidad en el tiempo... Supongo que cuando el señor mayor, emm...

—¿Cuál era su nombre?—preguntó Manuel.

—Carlos y... algo más—respondió José.

—Ok, dijo que aprenderíamos entrando a esta *máquina del tiempo*. Entonces, tal vez, ¿si conocemos lo suficiente podemos volver?

—¡Claro! Tiene sentido, ¡eres un genio, Manuel!

—Jajaja. Siempre lo supe.

—No te agrandes, ¿ok?

—Sí, sí, mira quién habla... ¡Mira, está pasando! ¡Reconocería la salida de este lugar donde sea!—exclamó emocionado Manuel.

—¡Vamos!—exclamaron ambos.

Capítulo final. El regreso a casa

—Muy bien, niños, abran sus libros de Historia en la página 83. Ya habíamos dicho que debían preparar una presentación o una cartelera sobre este tema del cambio que hemos vivido, sobre el derecho al trabajo, al salario, etc. Bien, vamos con el equipo de... ¡José y Manuel!

—dijo su maestra Florencia.

En ese momento recordaron su gran aventura...

Guillermo Meghdessian

Seudónimo: Crackman

11 años, Montevideo



Mi camino para ser libre

Éranse una vez dos niños muy amigos.

Transcurría el año 1800 en aquella llamada Banda Oriental, época de carruajes y calles de piedra en el antiguo Montevideo.

Uno de esos niños se llamaba Akin, que significa *chico valiente*. Era alto, de tez morena, cabello negro rizado, delgado y muy buen danzarín.

El otro amigo se llamaba Alejandro. Era más bien pequeño, piel blanca, ojos cafés y cabello castaño.

Ambos pertenecían a clases sociales diferentes. Alejandro era hijo de hacendados de clase alta, pero vivía con sus abuelos de origen español en la antigua Montevideo, mientras que Akin era hijo de padres africanos traídos como esclavos desde África cuando fueron muy jóvenes, y él había nacido en la Banda Oriental.

Ellos se reunían en la plaza y Akin le ayudaba a recoger agua del pozo a Alejandro. Allí jugaban a recoger guijarros, tiraban piedras al aire y les gustaba ir a pescar al muelle.

Un día, cuando cumplió diez años, Akin invitó a Alejandro a la fiesta del 6 de enero, donde con su familia y amigos bailaban muchas danzas, y le mostró cómo bailar. Alejandro empezó primero muy despacio, porque no podía seguir el ritmo que bailaba Akin, pero al poco tiempo le empezó a salir.

Akin le compartió su comida tradicional a Alejandro y a él le gustó mucho: un exquisito pan que sus padres sabían hacer.

Akin también le enseñó a andar a caballo y Alejandro le enseñó a leer y escribir. Solían montar por las tardes. El caballo de Akin era blanco, con crin muy larga y patas peludas, y lo llamaba Estrella. El de Alejandro era un caballo pinto con manchas marrones en el cuello y blancas en sus patas, con una crin rubia muy corta.

Un día, Alejandro fue a buscar agua pero Akin aún no había llegado, y quiso sorprenderlo y sacar el agua del pozo por sí solo, para mostrarle a Akin cómo él también lo sabía hacer. Pero, en un descuido, haciendo fuerza para levantar el balde, se inclinó de más y cayó al pozo.

No pasa mucho tiempo y llega Akin, que se da cuenta de lo ocurrido y le dice:

—Yo te sacaré —Sin perder tiempo, ata a Estrella una soga larga y tira el otro extremo al pozo—. ¡Alejandro, toma la cuerda y te subiremos!

Enseguida, Alejandro se agarra muy fuerte y Akin hace que Estrella tire y, de pronto, aparecen al borde del pozo las manos y la cabeza de Alejandro. Akin le dice:

—No sabía que tenías tanto calor, no me esperaste para el baño.

Alejandro, sonriendo, le dice:

—La próxima vamos juntos, pero que Estrella nos espere afuera, ja, ja. Ambos se abrazaron. Akin le había salvado la vida.

Pero la inocencia de los niños no les permitía ver la realidad de un mundo distinto, lleno de prejuicios y desigualdades.

Un día terrible, Akin escucha una conversación de sus padres que decían:

—¡No permitas que se lleven a mi niño!

Y su padre, que le contestaba a su madre:

—Sabes que no puedo hacer nada para evitarlo.

Entonces, Akin, con lágrimas en los ojos, corre a encontrarse con su amigo y le cuenta lo que está pasando. Alejandro le dice que no permitirá que los separen. Pero Akin le dice:

—Sabes que procedemos de familias diferentes y que por mi color de piel no tengo derechos.

Alejandro le contesta:

—Eso no puede ser, eres mi amigo, eres la mejor persona que he conocido. Esto no puede estar pasando.

Akin le dice:

—Es la realidad, una cruda realidad que no queríamos ver pero allí está.

Alejandro le dice:

—Yo te ayudaré a escapar.

Esa noche ambos agarran sus caballos y en medio de la oscuridad parten al galope hacia la campaña. Ambos se bajan del caballo y se dan un apretado abrazo.

—Hoy es el día más triste de mi vida—dice Alejandro—, pero tengo la esperanza de que un día nos volvamos a encontrar.

Akin le contesta:

—Has sido mi hermano, que nuestras diferencias de piel nunca nos separen y que tu deseo se cumpla.

Akin ya era un muchacho grande y huye a la campaña.

Sus habilidades como jinete y su valiente personalidad lo hacen vincular a la gente de campo, que en su momento hablaba de *ideas libertarias* y de *derechos*. Los paisanos le dicen:

—Hay un hombre militar, de mucho valor, que quiere proclamar a los pueblos libres.

Y esas ideas le llegan a la mente de Akin, que dice: «Yo me uniré a la revolución y pelearé por mi libertad y por mis futuros hijos, que no quiero que nazcan en la esclavitud».

Es así que Akin ingresa como soldado.

Pasaron los años, la Banda Oriental se convirtió en la República Oriental del Uruguay, y un 12 de diciembre de 1842, por ley, se disponía la abolición de la esclavitud en todo el territorio.

Un 6 de enero, Akin con su esposa y sus tres hijos fueron a festejar su cumpleaños y su tradicional fiesta a la antigua plaza, donde sus familiares le dicen:

—Tenemos una sorpresa para ti.

Akin no podía creer lo que sus ojos veían: su antiguo amigo Alejandro estaba allí y, en un apretado abrazo, lleno de emoción, su amigo le dijo:

—Nunca perdí la esperanza y aquí nos volvemos a encontrar, mi eterno amigo.

Las diferencias en nuestro color de piel, en nuestro pensamiento o por clase social no deben hacer diferentes nuestros derechos, y el derecho a la libertad no debe ser robado a ningún ser humano. Luchemos porque esto así sea.

Morena Santos

Seudónimo: Emma

11 años, Montevideo

CONTANDO DERECHOS

Categoría 3: Adolescentes de 13 de 17 años





Un faro

—¡No me digas que no es igual al de Montevideo! —exclamó Mariano, extendiendo los brazos hacia el faro en frente de nosotros.

El trayecto había sido de dos mil quinientos kilómetros y nos había llevado veintitrés horas.

Salimos de Almadén, España, el martes de mañana, pero el viaje empezó antes, el domingo.

Mariano había ido a almorzar a mi apartamento, como muchos fines de semana. Estábamos haciendo la sobremesa cuando uno de los silencios en nuestra charla se sintió distinto, tenso. Movía su vaso en círculos, observando fijamente cómo el líquido giraba de un lado a otro. Paró, me miró y se esforzó por sonreír mientras decía:

—Tengo algo para proponerte.

Mi primer impulso fue decirle que recorrer dos mil quinientos kilómetros en auto hasta un pueblo remoto de Alemania por un faro era absurdo, una locura. «Tengo un trabajo, ¿vos no?». Pero desde el momento en que contesté, intentando encontrar una buena razón, supe que no iba a poder decir que no. Antes de Almadén, con Mariano éramos cercanos, de esos amigos que ves como mucho un par de veces al año pero sabés que son amigos. Ahora, en ese lugar, era lo más parecido a una familia que tenía. Supe que si me lo estaba pidiendo él, un hombre bastante razonable, era importante.

Así que el lunes a primera hora avisé en el trabajo que me iba a tomar seis de mis diez días de licencia anuales. El jefe, aunque irritado por la falta de anticipación, accedió. Capaz pensó que se trataba de alguna costumbre uruguaya. Creo que me tenía un poco de pena.

El lunes de noche metí algo de ropa en un bolso junto con la comida que me quedaba en la heladera. No me gustó tener que hacer un equipaje a las apuradas, pero me convencí de que esta vez era algo totalmente distinto. Más me valía entrar en mentalidad de vacaciones si iba a usar mis días de licencia. Me dormí sin cenar y desperté con la sensación de haber soñado muchas cosas, pero sin poder recordarlas.

Ni bien arrancamos me di cuenta de que Mariano estaba distinto, de que en realidad ya hacía unos días que estaba así. Semanas, tal vez. Inmerso en mi rutina, no le había prestado suficiente atención como para saber. Tenía la mirada inquieta, perdida, pero no en algún pensamiento trivial, sino más lejos. Apretaba el volante con demasiada fuerza. Se movía con pesadez, como si gestos simples, rascarse la ceja, acomodar el espejo, requiriesen mucho esfuerzo. Parecía un niño.

Me pude reconocer en él, sospecho que bastante antes de darme cuenta, cuando decidí acompañarlo. No me gustó verlo así, no quería que prendiera un interruptor en mi cabeza y que todo lo que intentaba apartar de mi mente por el mayor tiempo posible volviera de golpe, disparado por algo ajeno. No quería que me contagiara. Pero, más allá de mi egoísmo, de mis ganas de bajarme del auto, me dio lástima. Lástima de verlo tan perdido, ahogándose en un río que yo conocía bien.

El viaje no se me hizo largo ni corto. El almuerzo fue lo que habíamos recolectado de nuestras casas. A las cinco horas nos turnamos el

volante, a las diez ya habíamos entrado a Francia y casi nos habíamos terminado el repertorio de casetes que tenía Mariano en la guantera. Escuchamos de todo: rock, música tropical y, por último, folclore. Cantábamos a todo pulmón «Doña Soledad», de Zitarrosa, cuando salimos de la carretera y entramos a un pueblito a buscar combustible y más comida. Paramos en una estación, apagamos la música y bajamos del auto. Yo cargué el tanque, él fue a adentro a pagar. Ya estaba oscuro, se veían las estrellas y las luces prendidas en las casas, medio eclipsadas por la iluminación de la estación. Por el ventanal vi a Mariano de espaldas, haciendo gestos. Había solo un hombre más adentro, sentado en la barra que daba hacia afuera. Probablemente, el dueño del camión estacionado en la penumbra, al costado del lugar, refugiado del resplandor. Me miró fijamente mientras se acercaba una taza a la boca. Yo también lo miré. Sus ojos no me dijeron nada.

Repetimos casetes, dormí, bajamos en otro lugar a estirar las piernas, nos turnamos, manejé. Cruzamos la frontera con Bélgica y luego entramos a Alemania. Tuve tiempo para pensar, mientras Mariano dormía, viendo los postes de luz aparecer y desaparecer ante mis ojos. Pensé en todo, en lo raro que era todo, en lo ajeno. Una carretera desconocida, carteles que traducía adivinando. En silencio, con el ruido del viento y el motor aislados por las ventanas, me sentí solo. Y me di cuenta, otra vez, de lo lejos que estaba. De lo lejos que había ido a parar, en un viaje que hasta hoy no podía terminar de definir, de nombrar. Una sola palabra resonaba, demasiado corta. *Asilo*. Me reconfortó un poco escuchar a Mariano susurrar algo, dormido. Pero no pude evitar pensar en lo chiquitos que éramos, comparados a la distancia.

Parados en el final de un camino de pedregullo, con el auto estacionado unos metros más atrás, observábamos el faro. Atrás, el mar tranquilo, medio grisáceo, reflejaba el cielo cubierto de una capa fina de nubes. A la derecha se extendía una playa. Subiendo la voz para que lo escuchara bien por encima del ruido de las olas, Mariano habló.

—¡No me digas que no es igual al de Montevideo!

Se quedó con los brazos congelados en el aire y una media sonrisa, mirando el edificio. Busqué, en aquel, a nuestro faro. Se podía decir que eran parecidos. Aunque, a decir verdad, tampoco tenía un recuerdo demasiado detallado del faro de Punta Brava en mi cabeza. Me pregunté qué tan distinto podía ser un faro de otro. Por el rabillo del ojo vi a Mariano bajar los brazos, tal vez dándose cuenta de lo mismo que yo, o tal vez solo cansado. Entonces capté, también de reojo, su expresión de angustia. Volví a mirar el faro y solté: me permití ver lo que estaba viendo él.

Nos vi de gurises, recorriendo la rambla de punta a punta en bicicleta, con Andrés, Martín y el Cacho. Varias veces dejamos las bicicletas al lado del faro, ahí en Punta Carretas, y nos sentamos a tirar piedritas al agua. El agua me recordó a Piriápolis, y me vi más chico, pescando con el abuelo y papá. Papá y mamá. Vi a mamá de joven riéndose, mamá en la casita de afuera, todos juntos en una comida familiar, en varios cumpleaños, en la playa. Vi a Matilde en la playa y antes, en el liceo. Matilde escribiendo en un banco. Bailando conmigo.

La facultad, los pasillos, las pancartas. Matilde en el asiento de acompañante, cebando mate. El mate, cómo se extraña.

Por primera vez, pude dejar de lado los últimos recuerdos. Los del miedo, violencia; los de clandestinidad y censura, los de no saber dónde está Matilde, los de mí huyendo. Y dejé que el faro, el faro igualito al nuestro, idéntico al de Montevideo, me llevara a casa.

Aldana Podestá

Seudónimo: Plateado Sobre Plateado

17 años, Montevideo

ACTA DE FALLO FINAL DEL CONCURSO DE CUENTOS

En la ciudad de Montevideo, el día 13 de octubre de 2021 a las 14.30 horas, en la sede de la Institución Nacional de Derechos Humanos y Defensoría del Pueblo (INDDHH) ubicada en Bulevar Artigas 1532, se constituye el Tribunal del *Concurso de Cuentos* «*Contando Derechos 2021*», integrado por la directora Mariana Blengio Valdés, Rosario Pérez (Secretaría de DDHH), Gabriela Brunetto (INDDHH).

La convocatoria cerró su plazo de presentación de propuestas el pasado 17 de setiembre de 2021, habiéndose presentado 118 propuestas en su totalidad, de las cuales 39 *cuentos* corresponden a la primera categoría de niños y niñas hasta 8 años, de todo el país.

El Tribunal resuelve por unanimidad, según el siguiente detalle:

	Primera Categoría: hasta 8 años		
	N.º	Seudónimo	Título
Primer puesto	1	Granuja	Acá tenemos wifi
Mención especial	16	Marinette	Amigas diferentes
Mención especial	28	Meli	Zorrito

Para constancia de lo actuado, se labra la presente, que se otorga y firma en el lugar y fecha indicado.

ACTA DE FALLO FINAL DEL CONCURSO DE CUENTOS

En la ciudad de Montevideo, el día 13 de octubre de 2021 a las 13.30 horas, en la sede de la Institución Nacional de Derechos Humanos y Defensoría del Pueblo (INDDHH) ubicada en Bulevar Artigas 1532, se constituye el Tribunal del *Concurso de Cuentos* «*Contando Derechos 2021*», integrado por la directora Mariana Blengio Valdés, Gloria Canclini (ANEP), Adriana Normey (INDDHH).

La convocatoria cerró su plazo de presentación de propuestas el pasado 17 de setiembre de 2021, habiéndose presentado 118 propuestas en su totalidad, de las cuales 54 *cuentos* corresponden a la segunda categoría de niños y niñas de 9 a 12 años, de todo el país.

El Tribunal resuelve por unanimidad, según el siguiente detalle:

	Segunda Categoría: de 9 a 12 años		
	N.º	Seudónimo	Título
Primer puesto	54	China	El espejo mágico
Mención especial	2	Emma	Mi camino para ser libre
Mención especial	24	Crackman	Del presente al pasado

Para constancia de lo actuado, se labra la presente, que se otorga y firma en el lugar y fecha indicado.

ACTA DE FALLO FINAL DEL CONCURSO DE CUENTOS

En la ciudad de Montevideo, el día 13 de octubre de 2021 a las 16 horas, en la sede de la Institución Nacional de Derechos Humanos y Defensoría del Pueblo (INDDHH) ubicada en Bulevar Artigas 1532, se constituye el Tribunal del *Concurso de Cuentos* «*Contando Derechos 2021*», integrado por la directora Mariana Blengio Valdés, Víctor Giorgi (Instituto Interamericano del Niño, la Niña y Adolescentes), Virginia Martínez (INDDHH).

La convocatoria cerró su plazo de presentación de propuestas el pasado 17 de setiembre de 2021, habiéndose presentado 118 propuestas en su totalidad, de las cuales 25 *cuentos* corresponden a la tercera categoría adolescentes de 13 a 17 años, de todo el país.

El Tribunal resuelve por unanimidad, según el siguiente detalle:

	Tercera categoría: de 13 a 17 años		
	N.º	Seudónimo	Título
Primer puesto	22	Plateado sobre Plateado	Un faro

Para constancia de lo actuado, se labra la presente, que se otorga y firma en el lugar y fecha indicado.

Índice

Presentación	5
Acá tenemos wifi	11
Guidaí Silva, 8 años, Montevideo	
Amigas diferentes	15
Paz Machado, 6 años, Maldonado	
Zorrito	17
Melany Domínguez, 8 años, Maldonado	
El espejo mágico	21
Josefina Davies, 12 años, Montevideo	
Del presente al pasado	29
Guillermo Meghdessian, 11 años, Montevideo	
Mi camino para ser libre	37
Morena Santos, 11 años, Montevideo	
Un faro	45
Aldana Podestá, 17 años, Montevideo	



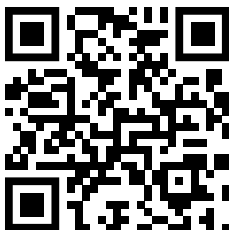
Uruguay
Presidencia | Secretaría de
Derechos Humanos



Área Educación



Institución Nacional de
Derechos Humanos y Defensoría del Pueblo



Descarga esta publicación en su versión pdf
escaneando este código QR

<https://www.gub.uy/institucion-nacional-derechos-humanos-uruguay/>